

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
17 de junio de 2007
2 Sm 12, 7-10.13; Gal 2, 16.19-21; Lc 7, 36-8, 3

En el fragmento evangélico de hoy, hay dos personajes que se imponen a nuestra atención interior. El primero es Simón, el fariseo que invita a comer a Jesús. Es un hombre justo, autosuficiente, que se controla y respeta la ley, que amaba a Dios y estaba convencido de que también amaba al prójimo. Pero su amor a Dios le llevaba a dejar de lado a los que consideraba pecadores. Jesús le hará una confidencia: en mi corazón no hay ninguna persona rechazada. Jesús ama a todos los hombres y espera ser correspondido por cada uno de ellos.

En Simón podemos vernos reflejados los creyentes cuando encontramos difícil advertir la presencia de Dios en el mundo, y hasta en nuestra misma vida. Quizá Simón se sorprendió de ver que su corazón estaba aún bastante cerrado al amor. Como a nosotros nos puede sorprender descubrir que el Dios en quien creemos es un Dios mágico, taumatúrgico, al que nos dirigimos en nuestras necesidades, en las emergencias y nos olvidamos de él cuando consideramos que nos ha fallado su ayuda. O bien, nos puede sorprender descubrir que nuestro Dios era simplemente simbólico, que, con el tiempo, consumidos los recuerdos juveniles, ha podido llegar a ser muy insignificante. O que nuestro Dios es solamente expresión cultural de una sensibilidad religiosa apenas advertida.

Otro protagonista que aparece en el evangelio de hoy es una mujer pecadora cuya historia desconocemos, aunque sí nos consta su estado interior de conversión, su corazón arrepentido, abierto al amor, deseando la felicidad y a una vida plena. Los gestos de esta mujer transparentan todos los matices de la gratitud. Su ir directa a Jesús, el hecho de postrarse a sus pies (gesto típico de quien ha visto salvada su propia vida), el soltarse los cabellos en señal de humillación, la unción con el perfume (signo de alegría, de abundancia, de amor y consagración) y además, las lágrimas y los besos: expresiones todas ellas que hablan de acogida y de vida.

Es sorprendente que esta mujer pecadora que pudiera parecernos, como a Simón, muy alejada de Dios, nos enseñe el modo auténtico de estar el hombre ante Dios: sin justificación alguna y con una enorme gratitud; que acepta dejarse amar. En su gratitud hacia la vida, hacia el hombre, parece decir, si no amo a mi prójimo, ¿cómo puedo amar a Dios? ¿Cómo puedo verle en mi existencia?

Ésa fue la experiencia de David, que, guiado a la verdad de sí mismo por las palabras del profeta Natán, confesó su pecado. Fue la experiencia de Pablo, que, aniquilado por el amor de Jesús crucificado, se adhirió a él hasta convertirse en su imagen viva y transparente: « Ya no soy yo, sino Cristo quien vive en mí ». Es también nuestra propia experiencia cada vez que, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios y por las llamadas de los profetas enviados a nuestro camino, nos abrimos de nuevo a la amistad con él. Se trata de una apertura muy concreta: no se dice de palabra, sino con la vida. Es un cambio que se lleva a cabo en nuestra mente, que afecta a nuestras intenciones, que llega a nuestro corazón, hasta transformar nuestra conducta.

La mujer pecadora aparece como un espejo no sólo para Simón, sino también para todos nosotros cada vez que sentimos dificultades para ver a Dios. Nos ayuda a descubrir el pacto de fidelidad que Dios –entrando con su hijo en la historia

humana- ha pactado con el otro como si fuera él mismo, es decir, con el hombre, con toda la humanidad, en el signo del amor de una fraternidad universal.

¿Qué Dios es el que aparece ahora en nuestro horizonte? La vida interior se convierte en un diálogo entre nosotros y Dios, en el que la iniciativa y la parte más importante corresponden a Dios: Dios habla y el hombre responde. Dios se ofrece y el hombre le recibe.

El texto evangélico nos invita a descubrir al Dios Creador. Al Dios Padre que ha salido a nuestro encuentro y se nos ha unido dejándonos plena libertad, por respeto a nosotros y por fidelidad a la creación.

Cojamos el frasco de nuestro corazón lleno del perfume de oración, quedémonos detrás, a los pies de Jesús diciéndole: tú lo puedes todo, de ahora en adelante camina tú en mí.